

sagitas broncíneas de sus flamas y deshechos en lágrimas se acortaban. Cuando descendimos el camino de abedules provectoros que conduce al cementerio, gemían todos y yo reía —único que te amaba— y en acción de gracias mis labios eran manantial de oraciones.

Me dije cuando ya no te vi: ¿Nada lleva el aroma de la flor que abandonó marchita? ¿Las almas olvidarán? Mis ojos han empobrecido sus joyeros regando sus diamantes; ni muerte, ni vida: quiero desaparecer absoluta, totalmente.

Me decías: soy árbol que desnudan los inviernos; ¿a qué hacer capullos en los limbos de mis hojas? Te decía: soy linfa voluble; ¿a qué besar mi faz, si al besarle, falena débil, ya nunca se despegarán tus frágiles alas? Y respondíamos al par: soy tuyo, soy tuya. Y sí, nos pertenecemos como pesadilla y sobresalto al sueño, y como á la tierra dos cadáveres. Juntos fuimos en la vida, como dos pupilas que no ven, como brazos paráliticos, como piernas anquilosadas. ¡Qué aplastante la convicción de una vida sin fin, de una eternidad sin objeto! Húmedas por limo de ignominias, tus alas sostenerse no pudieron, y arrancando sus plumas, trocaste bullicio y algazara de los que

mastican zancarrones, por serenidad y silencio de cúlmenes. Cuando el vibrante clarín de la caravana de hombres púgiles y fecundas mujeres tocó marcha, no pudiste correr por la finura de tus pies, y á la vera del camino quedaste cantando —para mí llorando— tu juventud. Fué tu vida inútil como los desiertos líbicos que no sustentan un albergue. Acaso eras buena é irresponsable como el cielo que manchan nubes que no engendra; está su origen muy hondo, en ríos y ciénagos que se gangrenan. ¿Así tú?

Si las clepsidras impasibles hunden razas y obeliscos que los perpetúan, debemos hacer de nuestro ideal doloroso, algo eterno y viril como las puestas de sol. Está siempre tu recuerdo en mis desdichas como el temblor en el ponto, y como la luna en la noche. Y no volverás. Por eso ni deseo vivir ni morirme; pido la destrucción absoluta. Mis labios que unge vano misticismo, van murmurando á toda hora:

Oh Dios, por irme á ti, de aquesta vida en el ígneo incensario que aromando va el ambiente con mirras y con ámbar, mi espíritu, oloroso liquidámbar ha mucho tiempo que se está quemando!

ABEL C. SALAZAR.

